

*Hic sunt dracones: cartografía etnográfica del peligro global*¹

Traducción: Olga Abasolo

Hic sunt dracones. Así se denominaba en los mapas medievales a aquellos espacios remotos, peligrosos, de los que apenas se sabía nada. Después de siglos de colonialidad y conquista en que esos espacios prácticamente desaparecieron de nuestros imaginarios, actualmente resurgen las geografías de la catástrofe con nuevos espacios “vacíos” en los mapas donde proliferan las “amenazas” (drogas, yihadismo y migración) y que los occidentales no se atreven a pisar. Podrían parecer lugares remotos, sin conexión alguna con Occidente, pero como muestra este artículo esto no es más que una falacia. En realidad, estos espacios en los márgenes adquieren una relevancia fundamental en el “nuevo desorden mundial”, convirtiéndose convenientemente en escenarios propicios para la contienda geopolítica, los enfrentamientos en torno a los flujos migratorios y las guerras propagandísticas alimentadas por los medios.

En 2014, mientras planificaba desde mi casa de Londres el trabajo de campo que iba a realizar en Mali –país azotado por el conflicto–, busqué en Google Maps la localización de Tombuctú. En una décima de segundo, obtuve las instrucciones para llegar en coche a aquel otrora paradigma de lugar remoto –tres días y doce horas por la N6, «con peajes», «ferry» y «a través de diversos países»– tal y como me informó muy adecuadamente aquel mapa. Sin embargo, aquella ruta marcada en azul que serpenteaba por Europa y África no era más que un hilo ilusorio de conectividad. Para entonces, Tombuctú y el norte de Malí –que hacía tan solo unos pocos años recibía a visitantes a festivales del desierto e investigadores ansiosos por acercarse a la riqueza cultural del país– ya se había convertido en terreno vedado para la

Ruben Andersson es profesor asociado del departamento de desarrollo internacional de la Universidad de Oxford

¹ Esta traducción se basa en una versión sintetizada por el autor y autorizada por la editorial de su artículo «Here Be Dragons. Mapping an Ethnography of Global Danger», publicado en *Current Anthropology*, vol. 57, núm. 6, diciembre de 2016, pp. 707-731, disponible en: <https://www.journals.uchicago.edu/doi/abs/10.1086/689211> núm. Estas cuestiones se tratan en más detalle en su libro *No Go World: How fear is redrawing our maps and infecting our politics* (University of California Press, 2019).

mayor parte de los visitantes occidentales; una zona que, como otras, estaba aislada en el mapa mundial de la globalización desenfundada.

Hic sunt dracones. «Aquí hay dragones», puede que los mapas medievales no lo expresaran con todas las letras, como tendemos a pensar, pero con frecuencia indicaban los límites de nuestro conocimiento mediante ilustraciones de criaturas fantásticas, dragones y bestias exóticas, a modo de florituras. Las bestias han vuelto a emerger hoy en día, o al menos eso parecen decirnos las noticias que recibimos: amenazas vagas que acechan desde los recónditos rincones de nuestros mapas; zonas a las que ya no osan adentrarse los habitantes del mundo occidental. Las zonas fronterizas sitiadas de Siria e Irak, las zonas tribales de Somalia y Pakistán, el interior de Afganistán, la parte norte del Sahel, todas ellas son regiones que albergan una letanía de temores propios de nuestra época. El terrorismo, el tráfico de drogas, las enfermedades, el desastre, el conflicto, los desplazamientos: todos estos peligros se ceban en los márgenes de nuestros mapas, unos márgenes que para las gentes de Occidente permanecen difusos, distantes y ajenos hasta que emergen fugazmente en los teledisarios en forma de noticias sobre unas atrocidades y tragedias aleatorias, allende nuestras fronteras.

Para la mayor parte de la población occidental, estas nuevas zonas prohibidas, relegadas como están a los márgenes del orden mundial, no son motivo de mucha preocupación; nos quedan lejos y rara vez nos sentimos interpelados por sus problemas. No obstante, esto no es más que una falacia, tal y como pretendo demostrar en este artículo. En realidad, estas zonas remotas e inseguras, desde las zonas fronterizas de Afganistán y Pakistán hasta el desierto del Sáhara, adquieren una relevancia fundamental en el “nuevo desorden mundial”, convirtiéndose convenientemente en escenarios propicios para la contienda geopolítica, los enfrentamientos en torno a los flujos migratorios y las guerras propagandísticas alimentadas por los medios. Sin embargo, en lugar de admitir estas cuestiones, los Estados occidentales y las organizaciones internacionales que estos financian y apoyan, han optado por organizar misiones militares y de ayuda humanitaria en estas zonas conflictivas de una manera peligrosamente prejuiciosa.

Estos poderes, obsesionados por el riesgo, han puesto en marcha distintos mecanismos de contención y control remoto –desde el empleo de drones hasta la utilización de mercenarios, o del refuerzo de las fronteras a la subcontratación de ayuda redirigida– con los cuales están contribuyendo a la reconfiguración de zonas inseguras y peligrosas en el mapa mundial, con la inestimable ayuda de los medios de comunicación. Todo ello constituye un alarde de total falta de imaginación, don de oportunidad y responsabilidad, cuyas consecuencias han vuelto a cernirse sobre Occidente en forma de una proliferación del caos en las fronteras fortaleza de Europa y de atentados terroristas por todo el mosaico del mapa mundial.

A continuación, me embarcaré en un viaje a una de las actuales zonas de conflicto, Mali y sus múltiples misiones internacionales. Intentaremos analizar las crecientes divisiones geográficas entre zonas “rojas” y “verdes”, a través de una cartografía del peligro, en un contexto en el que aumentan los intentos por “combatir” la migración, el contrabando, la criminalidad y el terrorismo en el cinturón del Sahel-Sáhara y más allá. A modo de conclusión, sugerimos que el hecho de que aumente la distancia con respecto a aquellas zonas rojas remotas no debe impedir que veamos con claridad la función que desempeñan en el contexto de una economía mundial del riesgo y la incertidumbre. Ciertamente, mis colegas antropólogos han puesto de manifiesto en los últimos años hasta qué punto zonas supuestamente remotas, como el Amazonas o el Sáhara o las zonas montañosas de Asia, están atravesadas por sendas intrincadas que las conectan con el orden global y los distintos órdenes nacionales. Mi intención en este artículo es analizar hasta qué punto el peligro cumple precisamente la función de una de esas sendas, con sus propias particularidades. Demostraré que se trata de una falacia, puesto que la intervención de los poderes a la hora de cartografiar el peligro en zonas remotas está íntimamente relacionada con la puesta en práctica de destructivas políticas del miedo a una escala mucho mayor, así como con el riesgo de que se produzcan represalias a medida que el peligro *global* atraviesa las divisiones artificiales que marcan la cartografía contemporánea. De hecho, planteo que el peligro en sí mismo puede servir como una senda de características concretas entre los “centros” y los “márgenes”. Es un arma de doble filo: separa a la vez que nos acerca aún más.

El terrorismo, el tráfico de drogas, las enfermedades, el desastre, el conflicto, los desplazamientos: todos estos peligros se ceban en los márgenes de nuestros mapas

En la medida en que las misiones de intervención y los políticos se empeñan en ampliar la distancia entre Occidente y las nuevas zonas de riesgo, estas últimas ejercen una forma peculiar de poder sobre lo que el antropólogo Jean-Rolph Trouillot² ha denominado «la geografía de la imaginación occidental». Mientras se reconfigura y se reimagina el mapa del riesgo y del peligro en tiempos de la supuesta conectividad global –cuyas consecuencias de largo alcance solo acertamos a atisbar–, crece el temor a adentrarse en ellas entre el personal de las misiones, la ciudadanía y los antropólogos occidentales, un temor que va acompañado de una creciente fascinación por aquellas zonas de peligro remotas.

² M. R. Trouillot, *Global Transformations: Anthropology and the Modern World*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2003.

Preámbulo: retirada ante el peligro

«Si hay algo de lo que podemos estar seguros este año, en un mundo cada vez más inseguro, es que ya no existe el concepto de muy lejos». Así se expresaba un ejecutivo de Control Risks, una empresa de seguridad privada afincada en Reino Unido, durante la presentación del *Risk Map 2015* acompañado de un video *online*. Sin embargo, el relato del propio mapa, desplegado justo detrás de él durante su intervención, parecía ser otro, con sus amplias extensiones de tierra teñidas de intensas tonalidades de rojo, que indicaban un alto o extremo nivel de riesgo y ofrecían un mosaico salpicado de unas zonas seguras y ricas, por un lado, y por otro, unas zonas empobrecidas e inseguras, las zonas de riesgo.

Los poderes, obsesionados por el riesgo, han puesto en marcha distintos mecanismos de contención y control remoto con los que están contribuyendo a la reconfiguración de zonas inseguras y peligrosas en el mapa mundial, con la inestimable ayuda de los medios de comunicación

Este mapa estaba dirigido a las grandes corporaciones, pero abundan ejemplos similares de representaciones cartografiadas. Me he topado con todo tipo de mapas a lo largo de mis investigaciones sobre el conflicto, las fronteras y la migración irregular hacia el sur de Europa: flechas amenazantes indicando los flujos migratorios en los mapas de las agencias fronterizas de la UE; mapas interactivos realizados por contratistas de seguridad para que sus clientes puedan localizar los riesgos en países lejanos; representaciones visuales en rojo sangre de dichas zonas en los medios de comunicación; esbozos de cartografías del riesgo en los ministerios occidentales extranjeros; y los mapas oficiales de asesoramiento en viajes. En estos, las zonas rojas se contraponen a las verdes; el peligro diferenciado de una supuesta seguridad, pero que se desangra hacia fuera.

En EEUU, el asesoramiento en materia de zonas de riesgo afectaba a 12 países africanos en 1996; en 2013 la cifra ascendía a 18. En 1997, el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido había incluido 13 países en su lista mundial de zonas de alto riesgo; en 2012 la cifra había ascendido a 40, e incluía nuevas incorporaciones de países africanos. Mientras tanto, el número de víctimas occidentales de ataques terroristas en regiones como África sigue siendo muy bajo; solo 15 de los 1.005 muertos norteamericanos en atentados terroristas en todo el mundo entre 2004 y 2013 tuvieron lugar en dicho continente, a modo de ejemplo. Sin embargo, el impacto mediático de cualquier atentado, desde Kenia hasta Túnez, supera con mucho a la relevancia de las cifras, y pone en marcha de inmediato precauciones oficiales a la hora de viajar y a menudo conlleva la salida de muchos occidentales del país. Este es el paisaje de la politización de la valoración del riesgo, con amplias zonas

del mapa teñidas de un rojo profundo, convirtiéndolas en territorios en los que, de adentrarnos, lo haríamos asumiendo todos los riesgos nosotros mismos.

Mali se ha convertido en un ejemplo emblemático en la cartografía del peligro global. Durante algún tiempo, este país del interior fue un ejemplo de paz y democracia en el África occidental, que albergaba festivales de “blues del desierto” y que ofrecía el atractivo turístico del país Dogon. Sin embargo, algo fallaba. A finales de 2000, debido a la creciente presencia yihadista, el norte de Mali ya estaba teñido de rojo, lo que conllevaba la ausencia de seguros de viaje y, por tanto, la ausencia de vuelos baratos desde Europa, la cancelación de festivales y la reducción drástica de los puntos de contacto. A principios de 2012 se iniciaba la rebelión tuareg en el norte –la cuarta desde que Mali obtuviera la independencia de Francia en los años sesenta del siglo pasado– seguida de un golpe de Estado en Bamako. Aquella primavera, según tomaban el norte de Mali una combinación de separatistas tuareg y facciones yihadistas, se iba transformando la etiqueta simplista de Mali como “país preferente para los donantes” que imponían los países donantes de la ayuda a la de “el Afganistán africano”, en palabras de varios analistas de seguridad. A medida que los yihadistas iban tomando posiciones hacia el sur, los franceses reaccionaban lanzando un operativo militar en enero de 2013 para recuperar las ciudades del norte. La Operación Serval fue seguida de una fuerza de paz africana que se integró en la Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Mali (MINUSMA por sus siglas en inglés) a mediados de 2013.

El estudio de la respuesta internacional al conflicto se convirtió para mí, como antropólogo, en un reto. Viajar al norte de Mali suponía exponerme a múltiples peligros potenciales, tal y como se me recordaba desde las recomendaciones turísticas, las noticias y mi propia universidad. Llegué allí por fin en mayo de 2014 con la intención de permanecer en la capital; no obstante, incluso esta visita tan circunscrita había sido de todo menos fácil, y a pesar de que Bamako se hallaba a unos 1.000 km de distancia de la “línea de frente” del norte. Mi universidad me pidió que completara formularios con evaluación del riesgo y que aportara a su agencia privada de seguros información específica en caso de secuestro; se me facilitó una aplicación de seguridad en la que tenía que entrar a diario como prueba de que seguía vivo. Mi seguro adicional en caso de secuestro ascendía a 1.000 libras por un mes, que se redujo a 750 libras después de una ardua negociación y siempre y cuando no abandonara la capital. Ante tamaños costes y procedimientos, solo el más comprometido de los viajeros osaría siquiera intentar llegar a Mali en un momento en el que, precisamente, el país estaba ansioso por renovar sus conexiones.

Las complicaciones de mi viaje eran todo menos excepcionales. Otros académicos, periodistas, miembros de organizaciones humanitarias e incluso soldados y contratistas de seguridad se enfrentan a la problemática de viajar a zonas prohibidas, aunque rara vez hagan públicas las decisiones de viajar o no viajar a ellas. Sin embargo, es un dilema ya

ineludible, ahora que extensiones enteras de nuestro mundo contemporáneo, desde Mali a Pakistán y allende, están plagados de peligros –si es que hemos de confiar en los criterios de nuestros empleadores, periódicos, compañías de seguros y advertencias oficiales. Por mucho que el riesgo de atentados sea limitado, estadísticamente hablando, es evidente que los grupos armados ven potenciales blancos en quienes otrora fueron considerados neutrales en el conflicto, como lo fueron los reporteros, el personal de ayuda humanitaria y las fuerzas de mantenimiento de la paz. En todo caso, decidí no persistir en mi empeño de adentrarme en la zona de peligro al norte de Mali. A partir de ese momento, me empeñé en comprender las misiones por control remoto en las que se embarcaban crecientemente los poderes occidentales y la ONU, y encaraba mis propias complicaciones como un síntoma más de un cambio de rumbo de la intervención internacional de mayor calado. Como veremos más adelante, el peligro se trazaba en el mapa de Mali con implicaciones políticas profundas, a la vez que se permitían ciertas formas de conectividad y se desactivaban otras.

Mali se ha convertido en un ejemplo emblemático en la cartografía del peligro global. La etiqueta simplista de “país preferente para los donantes” que imponían los países donantes de la ayuda se iba transformando a la de “el Afganistán africano”

Poner distancia ante el peligro: una relación por control remoto

Desde mi última visita en 2010-2011, la presencia internacional en Bamako había cambiado radicalmente de signo. Desde la terraza de mi pensión veía riadas de una nueva generación de visitantes entrecruzarse: jóvenes gestores occidentales en materia humanitaria; expertos africanos en desactivación de minas del Servicio de Naciones Unidas de Actividades Relativas a las Minas; periodistas *free lance*, desgarrados y vestidos con ropa de lino; africanos en misión de paz, soldados de las fuerzas de paz vestidos de uniforme. La *Peaceland*, tal y como denomina Autesserre³ al mundo autosuficiente de las misiones de la ONU, aterrizaba en Bamako como una nave extraterrestre para depositar su carga y su personal; las pensiones de la capital se habían transformado para albergar sus excedentes, para sustento de la dueña suiza de nuestra pensión y su personal.

³ S. Autesserre, *Peaceland: conflict resolution and the everyday politics of international intervention*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014.

Muchos expatriados a los que tuve oportunidad de entrevistar compartían la inquietud por la misión onusiense y los riesgos que conllevaba. Hasta cierto punto, estas dudas eran reflejo de las tensiones políticas que rodeaban a MINUSMA. En 2014, algunos de los países que colaboraban en el envío de efectivos defendían que este tipo de misiones (en las que estaba autorizado el uso de la fuerza y cuyas operaciones se desplegaban a la vez que las del ejército francés), rozaban la línea del contraterrorismo; mientras, desde los organismos humanitarios se consideraba que el carácter integrado de la misión ponía aún en mayor riesgo las vidas de su personal, ya que parecía estar bajo el mismo paraguas de la ONU que los soldados. No obstante, hasta la primavera de 2014 no se habían producido atentados significativos contra personal internacional, o, en palabras de un oficial de la ONU que recopilaba datos: «Mali no es Afganistán». Por desgracia, esta situación estaba a punto de cambiar. A finales de 2014, en medio de un aumento del número de atentados contra soldados de las fuerzas de paz, me comentaría desesperado un oficial de alto rango de la ONU en Nueva York: «Ya no hay enemigos, ¿y cuál es el objetivo? Nosotros somos el objetivo». En resumen, la "mision de paz" de MINUSMA no tenía paz alguna que no tenía paz alguna que mantener, ya que se hallaba secuestrada por peligros imprecisos que acechaban en el horizonte.

A medida que MINUSMA se asentaba por el territorio de Mali a mediados de 2013, encaminaba sus operaciones rumbo a estos peligros aún por llegar. En las ciudades del norte como Gao, Tombuctú y Kidal, los soldados de las fuerzas de paz y el personal civil de la ONU merodeaban detrás de los muros, que rara vez abandonaban –o así lo manifestaban los lugareños– para proteger a la población de los ataques por parte de los rebeldes, yihadistas o las fuerzas armadas malienses. Incluso en Bamako, a 1.000 km de Tombuctú, los oficiales de las fuerzas internacionales trabajaban apartados del personal autóctono. MINUSMA había requisado el céntrico Hotel l'Amitié de cinco estrellas para establecer su cuartel general. Para el Gobierno de Mali, el mero hecho de situar dicho cuartel en la capital ya era una provocación, y un indicio del fracaso del Estado para lidiar con sus propios asuntos. No obstante, para la ONU la razón era muy sencilla: la inseguridad en el norte azotado por la guerra, es decir, precisamente la inseguridad que se suponía que debía combatir. Amitié no estaba al alcance de ningún lugareño y se escondía detrás de barreras de cemento, alambre de espino y tanques conducidos por cascos azules armados. En la piscina, que durante mi última visita era un lugar muy preciado por la élite local, ahora se servía pizza crujiente para los soldados daneses y los asesores políticos norteamericanos. El personal de la ONU conducía hasta las verjas de entrada al hotel en sus todoterrenos blancos, todos idénticos, y a la hora de comer, obstruyendo la calle, para mayor enojo de los conductores autóctonos, ya de por sí susceptibles desde que empezaron a circular rumores de que el Gobierno maliense había tenido que pagar una buena cantidad para acoger a MINUSMA en el hotel. Este búnker era un indicio de la tendencia hacia el atrincheramiento de la ONU desde la década de 1990, y en particular

después de la invasión de Bagdad, y que la distanciaba cada vez más de la población de acogida.

En mis paseos por los oscuros callejones de Bamako, a menudo me unía a los *grins*⁴ para tomar el té o quedaba con amigos, y podía percibir claramente cómo iba perdiendo popularidad la misión extranjera, aquella que anteriormente fuera bien recibida con la esperanza de que trajera consigo la liberación. El talante fiestero que desplegaba el personal internacional, unido a los sueldos aparentemente demasiado elevados y los rumores de un aumento de la prostitución, avivaba el resentimiento, si bien lo que más rabia provocaba era la sensación de que la ONU no estuviera contribuyendo a implantar la anunciada seguridad en la zona del norte.

Las críticas también se hacían sentir de puertas adentro. En palabras de un miembro del personal de mantenimiento de la paz, MINUSMA era «un gigante con la cabeza abotargada y los pies de barro», que se tambaleaba torpemente por los frentes del norte, mientras crecía el tamaño de los cuarteles atrincherados de Bamako. Y es que, en efecto, el norte estaba siendo fundamentalmente patrullado por soldados africanos sin coches blindados, con escasa protección y con muy poca preparación para enfrentarse a los peligros que acechaban. No resulta sorprendente que encabezaran el número de bajas a medida que aumentaba el número de atentados. En febrero de 2015, ya se habían producido 46 bajas en la misión y a partir de ahí el número de casos no dejó de aumentar. Al contrario que en las misiones de la década de los noventa, como la Operación de las Naciones Unidas en Somalia (UNO-SOM por sus siglas en inglés), que arrojaban cifras de bajas bastante equilibradas entre el personal para el mantenimiento de la paz de origen asiático (44%), africano (22%) y occidental (34%), la misión en Mali ha producido un número desproporcionado de bajas entre el personal africano.

La “africanización” de la estrategia para el mantenimiento de la paz ha supuesto en este caso una transferencia de riesgos de los soldados occidentales, bien preparados, a soldados africanos, tal y como reconocían abiertamente los oficiales europeos. Las misiones civiles adolecían de una tendencia similar, en la medida en que se enviaban refuerzos malienses y africanos en las misiones de los organismos de la ONU y de las ONG en el norte. La razón que habitualmente se esgrimía para explicar esta división del trabajo entre los africanos destinados al frente y los occidentales destinados a las oficinas era el mayor riesgo de secuestro y de sufrir atentados terroristas (incluso a pesar de que también afectaba a los primeros). El personal de ayuda humanitaria, como los oficiales de la ONU, vivían bajo normas muy intrincadas en relación al uso del transporte y la libertad de movimiento en según

⁴ N. de T.: *Grins*: expresión que se utiliza en Mali para denominar a los grupos de amigos que se juntan en las calles, a las puertas de las casas.

qué zonas, incluso en lugares como Bamako. A los instructores militares de la Unión Europea, cuyas oficinas se encontraban en hoteles ocultos tras altas vallas protectoras, no se les permitía aventurarse hacia el norte. Se limitaban a entrenar a sus homólogos malienses y a despedirlos cuando se les destinaba a los frentes del norte. Allí se producirían enfrentamientos brutales en mayo de 2014 entre los separatistas y las fuerzas de Mali. Como resultado de ello, se produjeron numerosas protestas en Bamako y en el norte contra las misiones de intervención internacional, acusándolas de apoyar a los separatistas, o de mostrarse indiferentes a las necesidades del país, apoltronados como estaban tras los búnkeres y las barreras de protección.

En resumen, la ONU y Francia habían fracasado a la hora de capitalizar la inicial confianza de la población autóctona, y habían optado en cambio por aumentar la distancia entre ellos y la sociedad local, allanando así el terreno para un aumento del riesgo para ambos. La aversión al riesgo acabó abriendo una brecha tanto entre las misiones de intervención y la población “intervenida”, como entre los trabajadores extranjeros y los trabajadores autóctonos. No solo no se produjo una reducción de las situaciones de peligro sino que más bien estas proliferaron, como se desprendía de las protestas que seguirían produciéndose en los confines fortificados de la ONU y de la embajada francesa entre 2014 y 2016.

Esta tendencia a generar distanciamiento es más que evidente también en otros lugares. Los gobiernos occidentales, en lugar de recurrir a los despliegues masivos de antaño, como en el caso de Afganistán, ahora apoyan a representantes y lanzan bombas, como en Siria o en Libia; despliegan drones como en Pakistán y Somalia; entrenan a soldados locales o regionales para hacer el trabajo duro, como en Somalia o en el amplio ejercicio “Flintlock” del Comando de África del ejército de EEUU en el Sahel. La seguridad se externaliza a la industria de armamento privada y genera beneficios de miles de millones de dólares –tendencia que coincide con el mercado emergente de armas y sistemas de vigilancia por control remoto. Con respecto a las misiones de ayuda humanitaria, los inversores occidentales se han apoyado mucho en los últimos años en las ONG y en la ONU para entrar y trabajar en zonas de peligro lejanas, en lugar de abandonarlas. No obstante, como ya se ha dicho, estas misiones se dirigen cada vez más desde una prudente distancia, a través de los socios y el personal autóctonos. Por decirlo de algún modo, después del conflicto de Irak, los poderes occidentales se enfrentan cada vez más al “dilema intervencionista” que implica la ambivalente relación entre el compromiso y el deseo de retirada, atrapados en los márgenes de las zonas de peligro, atisbándolas a través de los ojos de los socios locales o de la tecnología punta de vigilancia. Esta relación con el contexto por control remoto conlleva un ejercicio del poder desapegado, y una de sus manifestaciones es la transferencia activa del riesgo de la escala social sea en sectores como el mantenimiento de paz o la ayuda humanitaria regionales o nacionales. Prácticamente nueve de cada diez víctimas de ataques se producen entre el personal autóctono y humanitario; mientras que tan solo en Somalia, según

algunos cálculos se cree que han fallecido cerca de 3.000 miembros de la Unión Africana en la Misión de la Unión de la Misión Africana (AMISOM) misión financiada por EEUU, la UE y la ONU bailando al compás de miles de millones de dólares. La relación por control remoto conduce también a la creación de “espacios vacíos” en nuestros mapas, de los cuales se desprende muy poca información fiable. Dichos espacios, como mostraré en el siguiente apartado, son fáciles de “colonizar” por parte de una constelación compleja de peligros con tendencia a la expansión, de consecuencias preocupantes para la sociedad local.

Después del conflicto de Irak, los poderes occidentales se enfrentan cada vez más al “dilema intervencionista” que implica la ambivalente relación entre el compromiso y el deseo de retirada, atrapados en los márgenes de las zonas de peligro, atisbándolas a través de los ojos de los socios locales o de la tecnología punta de vigilancia

Cartografía del peligro

En diciembre de 2010, me encontraba contemplando el río Níger envuelto en la bruma desde las oficinas de la delegación de la UE en Bamako. Me había desplazado allí para entrevistar a un diplomático sobre la migración irregular. Por aquel entonces, la situación en Mali aún no había entrado en barrena: el rugido de las miles de motos importadas de China era habitual en las calles de Bamako y los hoteles de propiedad libia adornaban su horizonte. A pie de calle, los carteles del coronel Gadafi junto al presidente de Mali, Amadou Toumani Touré, reflejaban quién estaba financiando a la clase política del país. Sin embargo, no había indicios de la presencia occidental propia de años anteriores, ya que el efecto disuasorio de las recomendaciones turísticas habían reducido el número de visitantes. Aparentemente, la razón para ello era bastante sencilla: la inseguridad había aumentado debido a los secuestros de occidentales por parte de yihadistas en el norte de Mali. Sin embargo, había un matiz importante, como pude saber a lo largo de mi entrevista en las oficinas de la UE.

Según el diplomático, las advertencias eran “pura política”. Más que basarse en amenazas reales, se suponía que debían forzar a Mali a cooperar para combatir, en la inmensidad del desierto, el terrorismo, las drogas y la migración irregular, las tres prioridades para Europa, en particular la migración. «Golpeas donde más duele, y el turismo es donde más duele» decía el diplomático, mientras añadía: «podrías bailar claqué desnudo en Kidal y no pasaba nada». Tres años más tarde, en noviembre de 2013, dos periodistas franceses fueron secuestrados y asesinados a las afueras de Kidal. Los carteles políticos de Bamako y el mundo que representaban se habían esfumado: Gadafi estaba muerto, tras la ofensiva

aérea de la OTAN y Touré estaba en el exilio tras el golpe de la primavera de 2013; el país apenas se recuperaba de la guerra. El norte se había convertido en lo que los gobiernos europeos habían anunciado de forma preventiva en 2010: una zona inmersa en una nebulosa de riesgos y peligros.

La imagen de una zona de peligro es bastante nítida; ante la duda, mejor no ir. Y, si uno decide ir, será bajo su total responsabilidad, tal y como han insistido en repetir los gobiernos de EEUU y Reino Unido, que se niegan a hacer cualquier concesión cuando los secuestradores amenazan con acabar con la vida de sus víctimas. No obstante, de hecho, la cartografía de la inseguridad y del peligro —es decir, nombrar y situar la amenaza— es en sí misma un acto sumamente político. Los políticos africanos han izado a menudo la bandera roja ante los consejos generales a los viajeros, argumentando que la restricción del turismo podría avivar el terrorismo en la medida en que disminuyen las oportunidades de empleo de la población. Sin embargo, me gustaría centrarme en otro aspecto político de la cartografía del peligro: hasta qué punto, como sospechaba el diplomático de la UE, los estados occidentales han utilizado en ocasiones el recurso pretendidamente apolítico de las advertencias turísticas en un intento por forzar la cooperación regional para la consecución de objetivos políticos. Es más, sus afirmaciones revelan que el “peligro” de la zona de peligro es un significativo escurridizo. En lugar de relacionarse exclusivamente con la amenaza que supone el terrorismo para la seguridad de los ciudadanos (occidentales), la estrategia diplomática vinculaba ese riesgo a “riesgos” bien diferenciados (drogas, migración), a la vez que lo situaba constantemente en un espacio geográfico diferenciado. Al advertir sobre los riesgos en la región, un informe del Parlamento británico comentaba en un informe sobre África del Norte y el Sahel que «un mini estado islamista en algún lugar del noroeste africano se convertiría en centro del contrabando, el tráfico de personas y los secuestros» con «el potencial suficiente para perturbar y desestabilizar a sus vecinos y —si bien este punto es especulativo— lanzar ataques a enemigos más distantes». ⁵ El Ministerio de Defensa francés se hizo eco de estas preocupaciones en mayo de 2014 a medida que se reagrupaban sus fuerzas con base en Mali para la operación antiterrorista Barkhane. «Permanecerán en Mali 1.000 soldados, y 3.000 en la zona del Sáhara-Sahel, la zona de peligro, la zona en la que se produce todo tipo de contrabando», comunicó a los periodistas. «Nos quedaremos todo el tiempo que sea necesario. No hay una fecha fija». ⁶ Como explicó, es un cruce de fronteras con sus dinámicas propias —tráfico de drogas y, sobre todo, de migración irregular—, además del terrorismo, que funcionan como impulsores clave para la intervención; es más, son parte integral de la configuración de determinadas zonas como zonas de peligro, tierras de nadie plagadas de actividades criminales. El norte de Mali —como buena parte del cinturón Sahel-

⁵ Comité de Asuntos Exteriores (FAC, Foreign Affairs Committee), 2014. Sobre la respuesta del Reino Unido al extremismo y la inestabilidad en el norte y el oeste de África, Cámara de los Comunes del Reino Unido, 21 de marzo de 2014, p. 38.

⁶ BBC, «France to 'deploy troops' to fight Sahara militants», *BBC news*, 8 de mayo de 2014, disponible en: <http://www.bbc.co.uk/news/world-africa-27327759> (acceso: 21 de julio de 2015).

Sáhara– ha recibido en este sentido un potente “racimo de amenazas” ante los ojos de los agentes de intervención occidentales.

Los estados occidentales han utilizado en ocasiones el recurso pretendidamente apolítico de las advertencias turísticas en un intento por forzar la cooperación regional para la consecución de objetivos políticos

Esta construcción de la inmensidad del Sáhara como lugar peligroso tiene una larga historia colonial y postcolonial. Sin embargo, no quiero centrarme aquí en esa trayectoria de largo plazo, sino en un tropo político más reciente: el “Estado fallido”. Desde la década de 1990, se recurre a menudo al concepto de Estado fallido a pesar de la crítica fundada de que «fundamentalmente refleja las preocupaciones políticas de las potencias occidentales»⁷ y a su diagnóstico erróneo. Cuando en medio del despliegue de las tropas francesas en el norte de Mali a principios de 2013, el primer ministro de Reino Unido se refirió a la zona como «un espacio sin gobierno», resucitó el paradigma del Estado fallido con nuevos tintes, ignorando cómo la excesiva intromisión del Estado, sobre todo en materia de narcotráfico en el norte de Mali, era una parte esencial del problema.⁸

El paradigma del estado fallido encajaba bien en el contexto posterior a la guerra fría de búsqueda de nuevas amenazas geopolíticas a medida que se disipaba la del viejo enemigo soviético. En su famoso, por no decir infame, artículo, «The coming anarchy», el periodista Robert Kaplan⁹ marcó el tono de las preocupaciones de esa etapa por el mundo pobre, no occidental. Recurría al ejemplo de África occidental para advertir a los políticos –incluyendo a la Administración del presidente Clinton– de la emergencia de una situación de «anarquía criminal» que constituiría el «verdadero peligro ‘estratégico’ para los poderes occidentales. Años más tarde, tras el 11 de septiembre, el estratega Thomas Barnett¹⁰ daba un paso significativo hacia la radical «reconfiguración del mapa político de la Tierra» de Kaplan al plantear la necesidad de dividir el mundo entre «el núcleo funcional» del mundo desarrollado y «la brecha no integrada» (the non-integrating Gap). Este último término se refería a las

⁷ O. Nay, «Fragile and failed states: critical perspectives on conceptual hybrids», *International Political Science Review* 34(3):326–341, 2013, p. 328.

⁸ Y. Guichaoua, «Mali: the fallacy of ungoverned spaces», blog de desarrollo de la Universidad de East Anglia, 12 de febrero de 2013, disponible en: https://www.uea.ac.uk/international-development/dev-blog/home/-/asset_publisher/111JoAAhCZsR/blog/id/2506832 (acceso: 21 de julio de 2015).

⁹ R. D. Kaplan, «The coming anarchy: how scarcity, crime, overpopulation, tribalism, and disease are rapidly destroying the social fabric of our planet», *Atlantic*, febrero de 1994. <http://www.theatlantic.com/magazine/archive/1994/02/the-coming-anarchy/304670/>.

¹⁰ Th. P. M. Barnett, *The Pentagon's new map: war and peace in the twenty-first century*, Putnam, Nueva York, 2004.

regiones asoladas por la inestabilidad y viveros de futuros terroristas y Barnett hacía hincapié en la necesidad de centrar las misiones militares precisamente en esa brecha. En esas zonas «en las que la gente vuelve a la Edad Media» esta permitido recurrir a cualquier medio, afirmaba, incluida la guerra preventiva.

Además de la brecha de Barnett, otro ejemplo de semejante cartografía es lo que diversos analistas y diplomáticos han denominado el «arco de inestabilidad» global, que según una de sus diversas versiones se extiende desde la región del Sahel-Sáhara hasta el cuerno de África y más allá, hasta las zonas fronterizas de Afganistán y Pakistán. La preocupación oficial por el arco de inestabilidad y sus múltiples y diversos peligros era un condicionante fundamental en las misiones en Mali. Por ejemplo, un diplomático francés de alto nivel renombró y re enmarcó la región geográfica en términos de peligro. Para él, «cuando hablamos del Sahel nos referimos a la zona que va desde Nouakchott [la capital de Mauritania] a Mogadiscio. Para mí, Somalia es Sahel; es un solo mundo». A su juicio, esta redefinición se debía a que los grupos armados activos allí, al Shabaab en Somalia, Boko Haram en Nigeria y AQIM en Mali, compartían una misma ideología y por tanto compartían una misma “cultura”. Un oficial europeo también de alto rango, ofrecía una reconfiguración en términos similares. «Tenemos que pensar en Mali dentro de un marco más amplio... MINUSMA es parte de un todo que arranca en el golfo de Guinea y termina en Somalia», decía. Sin embargo, añadió un matiz algo distinto, mientras dibujaba en su mente el mapa, trazando una intervención militar o humanitaria tras otra a lo largo del arco. Continuó diciendo: «¿Cuál es el verdadero riesgo que pretendemos combatir en Mali?» La respuesta tácita era principalmente (si bien no exclusivamente) la migración. Por otra parte, un diplomático del Reino Unido aludía al creciente interés de su país en el Sahel en términos de “cortar el grifo” de la migración, y en contener el arco de la inestabilidad. Arco que ha pasado a formar parte del sentido común hasta tal punto que tiene hasta su propio apodo: “el plátano de la maldad”, como reconocía el diplomático con una sonrisa.

En síntesis, los estados occidentales están trazando progresivamente un campo de intervención definido por una amalgama de peligros superpuestos, “un racimo de amenazas”, en el que una anida en la otra, y que contribuyen a generar y reforzar una sensación generalizada de peligro y una concomitante voluntad de intervención. Así, las cuestiones y riesgos *sistémicos* —el terrorismo, la migración y las actividades criminales, conducidas como están por las dinámicas globales de la oferta y la demanda, de los imaginarios mediáticos y de los flujos financieros a escala mundial— se proyectan al exterior, alejados del “núcleo” (occidental), en términos de Barnett. Si bien pudiera parecer que este proceso favorece a los oficiales occidentales, una perspectiva desde abajo complica el enfoque de arriba abajo y pone de manifiesto las tensiones y la falta de control que se acumulan bajo la superficie de la cartografía de la dominación. Los “controles remotos”, como los que se observan en Mali, tienden a implosionar de forma radical o sencillamente dejan de ser útiles, condu-

cen a otros peligros y a un mayor repliegue, y por tanto a una mayor dependencia de los ojos, los oídos y las manos del personal local o de la región. Esta dependencia a su vez abre nuevas vías para la implicación local con los aparatos de intervención, y por tanto a un fortalecimiento del ciclo del peligro. En la medida en que los agentes financieros de la ayuda humanitaria perfeccionan sus políticas cada vez más con la intención de evitar de la manera más eficaz posible que las amenazas azoten a Europa, generan una serie de incentivos perversos para los agentes africanos capaces de sacar partido del miedo.

Los estados occidentales están trazando progresivamente un campo de intervención definido por una amalgama de peligros superpuestos, que contribuye a reforzar una sensación de peligro y una concomitante voluntad de intervención

En Mali, entrevisté a la policía y gendarmería nacional que exigían obtener más recursos que «les permitieran que la gente fuera más sedentaria» y asegurarse de que los migrantes en tránsito no cayeran en las redes del crimen o del terrorismo. Conocí a líderes de las ONG y de asociaciones que advertían a los jóvenes del norte de Mali del «riesgo de resultar cooptados por las milicias locales o asimilados por organizaciones como Al Qaeda», a menos que se pusieran en marcha programas de desarrollo. Hasta el presidente de Mali apoyaba este discurso. Al firmar un acuerdo en materia de agricultura que permitía a los inversores marroquíes explotar una parte sustanciosa de tierra fértil alrededor del río Níger, dijo: «El desarrollo de la agricultura en el África subsahariana sin duda evitará que estos jóvenes africanos emigren o se unan a las células terroristas activas en la inmensidad del desierto de Mali». Esta auto imagen a través del peligro es una muestra del giro destructivo que ha tomado la relación entre los habitantes de las zonas de peligro designadas y los anteriores poderes coloniales, y sugiere, o así lo espero, la necesidad de encaminar la situación en una dirección distinta.

Conclusión: entre dragones

La configuración de la zona de peligro en Mali guarda claros paralelismos con otros lugares como el conflicto somalí o el caos en el que está sumergido Libia tras la caída de Gadafi, o la remota “guerra contra el terrorismo” en las zonas fronterizas de Afganistán y Pakistán. En todos estos lugares emergen nuevos modelos de intervención basados en la premisa de la distancia y de una serie de peligros que se meten en un mismo saco. No obstante, como ya se ha visto, estos modelos no son fáciles de imponer. Desde la perspectiva de los estados y actores poderosos, debería de haber quedado claro hasta qué punto resulta *difícil*

la retirada en un mundo por otra parte conectado, y hasta qué punto se han invertido grandes cantidades de dinero y esfuerzo, con la intención de alcanzar este objetivo. La distancia es física: las misiones internacionales retiran del frente al personal en funciones humanitarias, políticas e incluso militares; construyen fortines en “el campo de batalla”; desarrollan nuevas tecnologías de “control remoto” por medio de drones, mercenarios o *free lance*, contribuyendo así a aumentar la distancia entre “nativos” y “expatriados”, antaño colonizados y colonizadores. La distancia es conceptual: los gobiernos que apoyan financieramente las misiones y las organizaciones internacionales promueven nuevas expresiones y teorías en boga que acaban haciendo la función de contenedores metafóricos para “los otros”, aquellos a quienes les afecta la inseguridad. Y, finalmente, la distancia es también de tipo psicológico: paradójicamente, a medida que “nosotros” nos retiramos de las zonas de peligro, se estrecha más que nunca el vínculo con estas zonas de peligro. Los insurgentes, conscientes de ello, saben que pueden hacernos daño con una simple navaja y una *webcam*. Como dijo el ejecutivo del Control Risks en la presentación del Risk Map mencionado anteriormente: «ya no existe el concepto de muy lejos».

Ulrich Beck lo anunció en su libro *La sociedad del riesgo global*¹¹: «A medida que se desvanece el mundo bipolar nos alejamos de un mundo de enemigos para adentrarnos en un mundo de peligros y de riesgo». Quizá esto nos suene hoy en día a una profecía; sin embargo, a medida que ambos elementos adquieren protagonismo, tenemos que recordar que el riesgo no debe contemplarse únicamente desde un prisma negativo. Es un arma de doble filo, fuente de temores pero también también de ganancias –como se ve, por tomar un ejemplo, en la especulación resulta ventajoso desde el punto de vista, por ejemplo, de la especulación financiera global. Desde la crisis del petróleo de los años setenta del siglo pasado y de las revoluciones financieras que la acompañaron, la economía global ha prosperado gracias al riesgo, generando una contradicción fundamental entre una ciudadanía y unos políticos contrarios al riesgo y las primas sobre el riesgo desenfrenado no solo en el sector de la banca (riesgo financiero) sino en sectores como el de la seguridad privada y la actividad mercenaria (riesgo securitario).

El riesgo no solo se percibe de manera desigual desde distintos grupos y sectores sociales, como he pretendido mostrar en este artículo, sino que también se distribuye de manera desigual a lo largo del mapa del mundo. Saskia Sassen¹² ha demostrado en su obra sobre la geografía global del capitalismo que el sector financiero se concentra en las «ciudades globales» que se convierten en la ventanilla única para el capital financiero. En el lado totalmente opuesto se sitúan «zonas igualmente extremas» aptas para «nuevas formas, o for-

¹¹ U. Beck, *World risk society*, Polity, Cambridge, 1999, p. 3 [*La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI, Madrid, 2002].

¹² S. Sassen, *The global city: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1991 [*La ciudad global*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1999].

mas en fuerte expansión, de obtención de beneficios»¹³: centros de fabricación como Shenzhen en China o el acaparamiento de tierras en el África subsahariana. Estos lugares de especialización en la economía mundial dependen, como demuestra Sassen,¹⁴ de la transferencia del riesgo desde trabajadores caros a sus homólogos más pobres, desde las compañías de primera fila a los subcontratistas, y desde los grupos mineros a los pueblos y hábitats que destruyen. Con esta cartografía global de la distribución del riesgo en mente, las zonas de peligro remotas de las que aquí nos ocupamos pueden interpretarse desde este prisma de la especialización, pero no en la producción de determinados bienes o en la creación de seguros de impago. Más bien, hacen la función de lugares propicios para la fabricación de un “producto” fundamental para los mercados mundiales contemporáneos: la inseguridad y el riesgo. Sirven además de zonas en las que la transferencia del riesgo que domina nuestras economías se lleve hasta su extremo, a medida que los poderosos se retiran de la vista y dejan a los grupos más vulnerables a merced de los peligros.

En síntesis, la globalización del peligro ha ganado en complejidad y ha conducido a las sociedades azotadas por el conflicto, y a la relación entre ricos y pobres, a situaciones de imprudencia temeraria, a la par que ha generado pingües beneficios para los encargados de las misiones bien posicionados y a sus enemigos. El análisis de estas políticas y cartografías del peligro nos debería permitir extraer lecciones de la historia y, más concretamente, de la historia colonial. Como sucediera en anteriores épocas de conquista y exploración, las tierras lejanas adquieren las tonalidades del peligro, que atraen a la par que repelen a los forasteros. Podríamos decir que aquellos monstruos de la era premoderna han vuelto a infiltrarse en los confines de los mapas de la era Google; o aún peor, el creciente temor a adentrarse en sus dominios que se asienta en Occidente, provoca ahora la intervención y la implicación, creando así una espiral de dinámicas perniciosas de las que es cada vez más difícil zafarnos.

¹³ S. Sassen, *Expulsions: brutality and complexity in the global economy*, MA: Belknap/Harvard University Press, Cambridge, 2014, p. 18 [*Expulsiones*, Katz, Buenos Aires/Madrid, 2015].

¹⁴ *Ibidem*.